

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XIV

OBRAS COMPLETAS

DE

MARCO TULIO CICERÓN

TRADUCIDAS DEL LATIN

POR

D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1924

Á LOS QUE LEERÁN.

Sale á pública luz en España, por vez primera, una traducción completa de las obras de Marco Tulio Ciceron, príncipe de la elocuencia latina. Con ser popularísimo el nombre del autor tanto ó más que el de cualquier otro clásico antiguo, mucha parte de sus obras (y de las mejores) estaban aún intactas y vírgenes, entre nosotros. Es Ciceron un escritor de quien todo el mundo celebra y admira algunos rasgos, quizá de los ménos selectos, dejando en olvido sus producciones más personales y características, más útiles para conocer la sociedad romana, y más sabrosas y de más provecho dadas las actuales aficiones literarias. Los recuerdos del aula nos abruma, y mucha gente no sabe de más Ciceron que del de libro de clase, y le ima-

gina como á un declamador cuasi energúmeno, en-
vuelto entre las nubes del *Quousque tandem*, ena-
morado de la elocuencia teatral y de aparato, y
puesto constantemente en escena. Nada ménos que
eso: aunque haya en Ciceron amor excesivo á los
recursos retóricos y á la pompa del estilo; aunque
su oratoria, sobre todo en los discursos políticos,
se aleje mucho de la austera sobriedad de Demós-
tenes, ni dejan tales defectos de estar compensados
con soberanas bellezas, cuales nunca las alcanzó
orador alguno de la tierra, ni todas sus obras per-
tenecen á ese género. Cuando Ciceron diserta tran-
quilamente de política, de filosofía, de religion ó
de arte oratoria; cuando familiarmente escribe á
sus amigos sin pensar en los aplausos del foro y del
Senado; cuando á su vanidad (á veces intolerable,
aunque cándida, y despues de todo disculpable en
un hombre que habia hecho grandes cosas) de rey
de la palabra y de hombre público se sobrepone su
alma de artista, y aquel simpático y generoso amor
que profesaba á la filosofía y al arte de los Griegos,
de quienes es el más aventajado expositor y discí-
pulo; entónces (no dudo en afirmarlo) es Marco
Tulio el primer prosista de la tierra, y á la vez uno
de los escritores más agradables y á quienes se
toma más cariño. ¿Puede compararse nada á la
plácida elegancia, serenidad y tersura, á la urba-

mad discreta, á las áticas sales, á la claridad y precision, á la nobleza y rectitud de ideas, á la mezcla delicadísima de erudicion y buen juicio que donde quiera esmaltan los diálogos *del Orador*, el *Bruto*, los *Oficios*, las *Tusculanas*, la *Naturaleza de los Dioses*, los libros *de Finibus*, el *Sueño de Escipion* ó las epístolas? ¿Dónde más variedad y halago?

Para conocer á Ciceron, hay que verle fuera de las grandes ocasiones, léjos de la tribuna y de los comicios, *rusticando* en alguna de sus *villas*, en el ocio ameno de Túsculo, no entre Clodios y Milones, Vérres y Catilinas, sino embebecido en sabrosas pláticas literarias ó morales con sus amigos predilectos: con Ático, el incansable erudito y genealogista, moderado, como buen epicúreo, en sus deseos, y alejándose (como la secta preceptuaba) de los públicos negocios; con Varron, el más docto de los Romanos; con Hortensio, el único orador que podia dar celos á Marco Tulio; con Bruto, que sólo en las cartas de éste y en el diálogo que lleva su nombre aparece con su verdadero carácter no trágico ni cejijunto, ni de conspirador de tragedia como hemos dado en imaginarle, sino fácil, culto y ameno; con el jurisconsulto Trebacio, objeto de sus discretas chanzas, y quizá con Lucrecio, cuyos vigorosos exámetros es fama que alguna vez cor-

regia. Gusto mucho de la antigüedad, pero no de la antigüedad de colegio. Por eso prefiero el Ciceron filósofo y didáctico al Ciceron cónsul y salvador de la República, que estamos acostumbrados á ver desde nuestros primeros años.

A pesar de mi poca aficion á una parte de las obras del orador romano, el entusiasmo que por las demas siento y el deseo de que se conozcan todas en nuestra lengua, me ha hecho emprender, como por vía de recreacion, el trabajo nada liviano de que hoy presento al público las primicias. El buen gusto del editor (*rara avis* entre los nuestros) me ha decidido á que la traduccion sea completa.

Y cierto que parece manera de sacrilegio el mutilar las obras de Ciceron. Aun á las más endebles salva y escuda el interes histórico y el nombre del autor. Cúmplese aquí aquel axioma de derecho marítimo: «El pabellon cubre la mercancía.» Hasta los tanteos juveniles y los ensayos ménos felices, cuando son de hombres como el egregio Arpinate, dicen y enseñan más que las producciones perfectas de autores medianos. Hasta en el más leve rasguño dejan los grandes artistas alguna señal de su genio. ¿Y no es espectáculo interesantísimo el contemplar cómo un entendimiento se va desarrollando hasta lograr su cabal madurez, y por qué caminos llega á ella?

Y digo todo esto porque á no pocos lectores, prevenidos con el estruendo y ruido que el nombre de Ciceron trae consigo, han de parecerles indigestos y de poca sustancia los tratados que en este primer tomo figuran. Tambien yo los hubiera suprimido de buen grado si se tratase de hacer una edicion escogida. Pero no es este el caso, y el que desee conocer á Ciceron debe tomar las dulces juntamente con las amargas. Tiene el ingenio, como el cuerpo, sus períodos de infancia, juventud y virilidad: no madura la fruta en un momento, ni se llega de un salto á la perfeccion que cabe en lo humano. Ni el atleta ni el vencedor en el estadio ó en la cuadriga obtienen la corona ni llegan á la ansiada meta sino despues de mucha labor y ejercicio; y ya nos advierte Horacio que el *citharedo* de los juegos Píticos debe sudar y trabajar mucho cuando niño. Ni encierran ménos provechosa leccion los primeros pasos que los adelantos últimos.

Son, pues, en su mayor parte ensayos y obras imperfectas los tratados de retórica que este primer tomo contiene. El mismo Ciceron hacía tan poca cuenta de ellos, que al enumerar en el tratado *De divinatione* sus obras didácticas de oratoria, las reduce á tres: *De Oratore—Brutus—Orator*. Pero de la mesa de los próceres de la inteligencia pueden recogerse hasta los despojos y relieves, y bastan

ellos para alimentar y enriquecer á los que saben y pueden ménos.

Es el primero de los tratados que este volúmen contiene el *De Inventione Rhetorica*, que más que obra formal parece una coleccion de apuntes de clase, en que quiso compendiar Marco Tulio lo que habia oido á los retóricos, sus maestros, y lo mejor que se hallaba en los preceptistas griegos. «He tenido á mi disposicion (nos dice) todos los autores que han florecido desde el origen de estos estudios hasta nuestros dias.» Se aprovechó mucho de la retórica de Aristóteles, «el cual (sigue hablando Marco Tulio) reunió en un cuerpo de doctrina todos los antiguos escritores de este arte, desde su príncipe ó inventor Tisias, y expuso nominalmente los preceptos de cada uno con mucha claridad y diligencia, y tal gracia y brevedad añadió á las obras de los inventores, que nadie los conoce y lee, al paso que todos acuden á Aristóteles.»

La *Retórica* en el sistema de Aristóteles viene á ser una confirmacion ó apéndice de la *Dialéctica*. Y no porque el Estagirita careciese de gusto y saber artístico, que bien claro manifiesta lo contrario en su admirable himno á *Hermias* y en los fragmentos de la *Poética*, sino porque atento sólo á la invencion de los argumentos y al delicado análisis de las pasiones, y alejado de las luchas del foro,

no atendió tanto como Marco Tulio ó Dionisio de Halicarnaso á los primores de la elocucion y del estilo.

No podia Ciceron contentarse con las enseñanzas de Aristóteles, y acudió á otra escuela «consagrada del todo al arte y á los preceptos de la palabra.» La cual no era otra que la del «grande y noble retórico Isócrates,» en quien el aliño y el amor á la hermosura de la frase llegaron hasta el extremo de emplear diez años en la composicion de su *Panegirico*.

Pertrechado Ciceron con tales autoridades, sin olvidar otras, sobre todo la de Hermágoras, á quien cita más de una vez, procedió en la *Invencion* con criterio ecléctico, tomando lo mejor de unos y otros. De su cosecha añadió poco, porque aún no se sentia con fuerzas para volar con alas propias. Tan cierto es esto, que sus principios estéticos en este tratado son mucho ménos independientes que los que despues sostuvo, sobre todo en el *Orator, sive de optimo genere dicendi*.

Cuando escribe los libros *de Inventione*, consiste para Marco Tulio la perfeccion en elegir *ex omnibus optima*, no proponiéndose un solo ejemplar ó modelo. Cree evitar los escollos de la imitacion con elegir de muchos, á la manera que Zéuxis tomó por modelos á cinco vírgenes de Crotona,

«porque no creia encontrar en una sola todas las condiciones necesarias para la hermosura, dado que la naturaleza en ningun género presenta obras perfectas.»

Por el contrario, en los diálogos del *Orador* no ve ya lo perfecto en la seleccion y depuracion de las bellezas naturales, sino en la idea superior que vive y reina en la mente del artista, y no recuerda el ejemplo de Zéuxis, sino el de Fidias, que al hacer la figura—de Jove ó de Minerva—no contemplaba ni copiaba ninguna hermosura real, sino cierta *idea ó especie* de admirable hermosura que llevaba en su pensamiento, y ella dirigia la mano del artífice: «*Neque vero ille artifex cum faceret Jovis formam aut Minervæ contemplabatur aliquem è quo similitudinem duceret, sed insidebat ei species quædam eximie pulchritudinis, quam intuens in eaque defixus ad illius similitudinem artem et manum dirigebat.*

Entre una y otra concepcion, sin duda que hay un abismo.

Uno de los trozos más notables y originales del libro de la *Invencion* es el proemio. Aquella duda prudentísima de «si trae mayores males que bienes á los hombres la facilidad de hablar y el estudio desmedido de la elocuencia;» confesion preciosa en boca de un hombre que consagró á ella lo mejor.

y más granado de su vida: aquella descripción del nacimiento de las sociedades, cuando rendidos los hombres, ántes duros y salvajes, á la elocuente palabra de un varon *grande sin duda y sabio*, se congregaron en uno, saliendo de las selvas, y levantaron las primeras ciudades: aquella pintura del estado de la elocuencia cuando sólo se empleaba para el bien y para la justicia, y aquella súbita degeneración así que la oratoria se divorció de la sabiduría y de la virtud, comenzando á preferir el pueblo á los más osados y locuaces, al paso que los sabios, *como refugiándose de la tempestad al puerto*, se daban á estudios más tranquilos: la exhortación que el retórico les hace, para que no abandonen la República en poder de los necios y malvados, recordando el noble ejemplo de Catón, de Lelio y de los Gracos... todo esto está lleno de sabiduría, de elevación y grandeza.

Lo demás no ha de entusiasmar tanto á los lectores, ni me entusiasma á mí. De cuando en cuando algún episodio como el de Zéuxis y los Crotoniatas, alguna observación discreta y aguda, viene á amenizar la aridez de los preceptos. Pero generalmente la sequedad del estilo, la abundancia de divisiones y subdivisiones, las cuestiones escolásticas y formalistas, y el empeño de reducirlo todo á reglas menudas, cansan y hastian.

Divide Ciceron la oratoria, como casi todos los antiguos, en *invencion*, *disposicion*, *elocucion*, *memoria* y *pronunciacion*; pero aquí sólo se ocupa en la primera, discurriendo largamente sobre los estados de la causa (*conjetural*, *definitiva*, *general*), y dando las reglas del exordio, narracion, division, confirmacion, refutacion y epílogo: todo con abundantes ejemplos, algunos de ellos muy curiosos por ser de obras hoy perdidas.

Ojalá que estos fuesen todavía en mayor número, y ménos las cuestiones impertinentes, vg., la de averiguar si son cinco ó seis las partes del *razonamiento*; lo cual Ciceron discute con seriedad y en toda forma.

Mucho nos asombra hoy el empeño de los antiguos retóricos en someter á leyes los erráticos movimientos de la pasion ó los tortuosos giros del raciocinio forense, haciendo, (vg.) catálogo y enumeracion de todos los recursos que pueden mover al oyente á indignacion ó lástima; los cuales, segun Ciceron ó sus maestros, son hasta *diez y seis*. Cualquiera diria que se propusieron formar un orador como quien educa á un carpintero, y convertir el arte de la palabra en un ejercicio cuasi mecánico, donde no el poder del ingenio sino la destreza y el *savoir faire* diesen la palma. Culpa y no pequeña cabe á este linaje de retórica en el nacimiento de

aquellas escuelas de declamacion que, en tiempos de Porcio Latron y de Séneca, acabaron de dar al traste con la oratoria latina, convirtiendo aquella *magna et oratoria eloquencia*, que centelleó en el *ágora* de Atenas ó en el foro de Roma, en una especie de pugilato ó esgrima de salon donde la juventud dorada se ejercitaba en tratar temas falsos, monstruosos y fuera de toda realidad humana, en estilo tan hinchado y enfático como los temas mismos.

El mal venía de muy antiguo: estaba en las raíces mismas de la Retórica; arte que nació entre los sofistas, ora fuese su inventor Tisias, ora el leontino Górgias. No brotó, como la Poética, de la inteligencia sobria y madura de Aristóteles, que la basó en la observacion y en el análisis de la tragedia antigua. Si la teoría ha de ser de algun provecho, debe venir siempre despues del arte. Con la Retórica sucedió al contrario. Hubo en Atenas sofistas, retóricos y maestros ántes que apareciesen los grandes oradores áticos, si exceptuamos á Pericles. De aquí ese espíritu sutil, esa selva de divisiones, esa diseccion materialista de lo que es espiritual é intangible, esos mil efugios para la astucia del abogado, y esos preceptos casi ridículos sobre la pronunciacion y el gesto, tales como pudieran aplicarse á un autómeta ó á un maniquí.

Volvamos á Marco Tulio, que en la *Invencion* nó habla por cuenta propia, como lo hizo en sus admirables diálogos del *Orador*, donde supo evitar muchos de los resabios de la Retórica antigua, y hacer tolerables y amenas hasta las cuestiones de poco interes, que no se atrevió á suprimir. No así en el libro que vamos recorriendo, ni tampoco en la *Retorica á Herennio* que la sigue, aunque esta obra tiene partes ménos enfadosas que la primera, á la vez que presenta un conjunto más armónico y completo.

Sobre la paternidad de esta obra (conocida en el siglo XV con el nombre de *Retórica Nueva de Tulio* por haber sido descubierta despues que el tratado *de Inventione*), se ha disputado mucho, atribuyéndola unos á Ciceron y otros á un cierto Cornificio que no se sabe á punto fijo quién fuese. A la verdad, el lenguaje no difiere mucho del que usaba el insigne orador; y á nombre de Marco Tulio citan fragmentos de esta Retórica escritores de los siglos IV y V. Tampoco puede negarse que si no la ordenacion y forma definitiva del tratado, á lo ménos la doctrina es del todo ciceroniana, y lo son muchas veces hasta las palabras. Si bien se examinan, los dos primeros libros no son más que un extracto bien hecho de los *de Inventione*, y hay trozos idénticos. Por esto, y por ajustarme al comun

sentir de los editores de Ciceron, pongo esta obra entre las suyas, como pondré asimismo alguna otra cuya autenticidad anda en tela de juicio.

No se aparta tampoco el autor de la *Retórica á Herennio* de las divisiones usadas por Ciceron. Como él, empieza tratando del *oficio del orador*, de los géneros de la causa, de las partes del discurso, de las maneras del *exordio* y de los estados de la causa.

Es asunto principal del libro II el estado *conjetural*, y la invencion de los argumentos en todo linaje de causas judiciales, sin olvidar la controversia de leyes escritas.

El libro III tiene más novedad. Trata del género deliberativo y del demostrativo: de la *disposicion*, de la *pronunciacion* y de la *memoria*, ofreciéndonos un tratado completo de *Mnemotecnia*, que es lo más curioso del libro, aunque de tan escasa ó ninguna utilidad como casi todos los que se han escrito sobre la misma materia. No hay más recurso *mnemotécnico* que uno muy natural y sencillo: la asociacion de ideas.

Tambien se lee sin disgusto el libro IV, dedicado del todo á la *elocucion* y á sus formas ó figuras. Aun interesaria más si el autor, en vez de presentar ejemplos propios y casi siempre de causas fingidas, hubiese formado un ramillete de los mejores

trozos de los oradores antiguos. En su prólogo es de ver con cuán enredadas y sofisticas razones quiere justificar su método.

Las figuras que el autor de esta *Retórica* explica son innumerables, y algunas están evidentemente repetidas, aunque con nombres diversos. Otras son pueriles adornos de pésimo gusto, como todas las que se fundan en aliteraciones ó en juegos y sonsonetes de palabras. Entre los ejemplos hay algunos de verdadera elocuencia, como la descripción de la muerte de Tiberio Graco, y otros muy amenos, vg., el de la *notacion* (pág. 204), que parece una escena de comedia.

A continuacion de los tratados anteriores vienen los *Tópicos*, una de las obras ménos leídas de Ciceron, aunque á la verdad no interesa mucho. Redúcese á una serie de extractos de los *Tópicos* de Aristóteles, para uso del jurisconsulto Trebacio.

Cuenta Ciceron en un prólogo muy agradable, que hallándose juntos Trebacio y él en la biblioteca del Tusculano, tropezaron con el libro del Stagirita, y el jurisconsulto suplicó al orador que le explicase aquel método. Hizolo Marco Tulio mucho despues, durante una navegacion, y de memoria, la cual en este caso hubo de serle bastante infiel, porque ni en el orden de las materias, ni en las divisiones, ni en la nomenclatura se ajusta bien

este tratado al que con nombre de Aristóteles tenemos hoy entre los de su *Lógica*. A algunos les ha movido esto (desde el siglo XVI) á dudar de la autenticidad de esta parte de la obra griega; cuestion hasta hoy indecisa.

Ciceron extractó sólo una parte pequeñísima, y esta en cuanto podia ser útil al orador y al jurisconsulto, puesto que intérprete famoso del derecho era el amigo á quien se dirigia. Casi todos los ejemplos que cita están tomados de las leyes romanas.

Mucho admiraba Marco Tulio á Aristóteles, y no sólo en concepto de filósofo, sino de grande escritor. La precision, limpieza y severidad de aquel estilo filosófico le cautivaban. Reconoce que los filósofos en su tiempo le leian poco (áun no habian llegado los siglos de su absoluto dominio y tiranía en las inteligencias); pero añade: «Y cierto que es imperdonable descuido, porque no sólo debian atraerles las cosas que dice é inventa, sino tambien la abundancia y suavidad increíbles del estilo.» Digan los que tachan de malo y árido escritor á Aristóteles, si estiman en algo el testimonio y juicio de un tan grande *estilista* como Ciceron.

Divide éste la dialéctica en *invencion* y *juicio*. En uno y otro descolló, á su parecer, Aristóteles. Los estóicos se fijaron sólo en la *ciencia del juicio* (*crítica* que llamaríamos hoy).

Tienen importancia los *Tópicos* ciceronianos como muestra única ó casi única del peripatetismo en Roma. Por lo demas, la sequedad y rapidez de la exposicion (donde se suprimen muchas ideas intermedias) hacen dura y escabrosa su lectura, aun teniendo á la vista el tratado de Aristóteles.

Las *Particiones oratorias* son un diálogo, bastante fácil, pero sin interes dramático, entre Ciceron y su hijo, donde el primero expone y recopila en términos breves lo que en otras obras suyas habia explicado con más detencion. No hay gran método en este opúsculo, que acaba con una exhortacion al estudio de la filosofía académica, por lo útil que puede ser su parte moral y lógica al orador.

Cierra este volumen el proemio que Marco Tulio puso á su traduccion (desdichadamente perdida como otros trabajos suyos de que sólo queda el recuerdo) de las dos contrapuestas oraciones de la *Corona* de Demóstenes y Esquines. Digna empresa era, en verdad, del orador romano, interpretar las dos obras maestras de la oratoria griega. En el prefacio trata principalmente del estilo ático: de la vanidad y error de los que juzgaban llegar al aticismo, sólo con ser frios y correctos, sin vigor ni sangre; y acaba con algunas observaciones sobre los deberes del traductor que (á su juicio) no debe contar las palabras, sino pesarlas.

¡Ojalá hubiese conseguido yo alguna de estas cualidades en la traducción que ahora publico! Pero con harto dolor mio he de confesar que ninguno de mis trabajos me ha dejado tan descontento como este; que he traducido este primer tomo sin interes ni aficion alguna, y que la pesadez de la materia ha influido no poco en mi estilo, haciéndole inculto, pesado y mazorral mucho más que de ordinario. Y lo peor es que se me han de achacar otros defectos de que tengo bien poca culpa. Deslumbrado el lector por el nombre de Ciceron, pondrá en cabeza mia todos los tropiezos, oscuridades, repeticiones y desaliños que encuentre, sin reparar que casi todos (y muchos más que he templado como he podido) son del autor original, y que no puede traducirse de otra manera, so pena de alterar, desfigurar ó compendiar el texto. No hay suplicio mayor que el de traducir un libro mediano de la antigüedad sobre materias didácticas. Enojo para el traductor; enojo para el lector, y nadie aprecia el trabajo. ¿Cómo persuadir al vulgo de que Ciceron no dijo en cualquiera de sus obras más que preciosidades y maravillas?

Quizá el estudio excesivo de la fidelidad y la adhesion á la letra latina quitan á esta traducción gracia y energía; pero nadie tiene derecho para desfigurar ni vestir á la moderna al autor á

quien traduce. Una de las cosas de que más me remuerde la conciencia es el haber usado (aunque subrayándolos por lo comun) algunos términos técnicos de retórica que no tienen equivalencia castiza en nuestra lengua. Traduzco, vg., el *infirmatio* por *debilitacion* y no por *refutacion* ni ménos por *debilidad*, cosas una y otra muy distinta, y uso las voces *definitiva* (en el sentido de *causa de definicion*), *traslativa*, *remocion del crimen*, *evento*, *asuncion*, *negocial*, y algunas otras palabras raras, sobre todo en los nombres de figuras. Algunas de estas cosas hubieran podido expresarse por rodeos más ó ménos largos; pero he preferido acercarme en lo posible á la nomenclatura de Ciceron.

No ménos me disgustan las repeticiones continuas de que esta traduccion está llena: repeticiones, de ideas, lo mismo que de palabras. ¿Y querrá creer el lector que todavía he quitado otras tantas? Los vocablos *causa*, *género*, *exornacion* y otros semejantes, ocurrían dos, tres y cuatro veces en casi todas las páginas. No hay duda que los antiguos daban muy poca importancia á ciertos defectos de estilo que hoy nos ofenden y chocan sobre manera.

Otra de las dificultades (y está claro que no podía vencerla el traductor) es la vaguedad y falta de precision didáctica con que Ciceron se expresa, resultado en parte de las malas condiciones de la

lengua latina para la enseñanza. Hallará el lector definiciones en que entra el definido ó en que nada se define, razones y argumentos que ni lo son ni lo parecen.

Fuera de esto, confesaré que hay no leves defectos míos, y prometo corregirlos en una segunda edicion, así por lo que hace al estilo, como en las distracciones é infidelidades al texto que yo haya podido cometer. ¿Quién puede lisonjearse de haberlas superado todas, y más en un texto que no le es simpático? Pero como he observado que muchos juzgan y censuran las traducciones sin haber hecho ninguna, ni conocer siquiera las lenguas clásicas, no dejaré la pluma sin advertir que una version, como fiel espejo que ha de ser del original, debe reproducir todas sus desigualdades, incongruencias y asperezas, so pena de degenerar en imitacion ó paráfrasis. Para demostrar que una traducciones mala, lo racional es hacer otra mejor, ó intentarla siquiera: sólo así se palpan las dificultades.

Donde he puesto mayor esmero ha sido en las introducciones, en los ejemplos y en ciertos episodios y digresiones con que á veces ameniza Ciceron los preceptos. Aquí se prestaba el texto á alguna mayor elegancia: no sé si la habré conseguido.

El tomo que sigue compensará ámpliamente á los lectores de la molestia que haya podido causarles este. Comprenderá los diálogos del *Orador*, el *Bruto* ó de los esclarecidos oradores, y el *Orador* ó del mejor género de elocuencia. Sólo se comprende bien el mérito de estos tratados habiendo leído ántes los que doy en este volúmen.

Las restantes obras de Ciceron pueden clasificarse en *Oraciones*, *Cartas*, *Tratados filosóficos*, *Poesías* y otros fragmentos.

En los tomos de *Oraciones*, que serán por lo ménos cuatro, incluiremos todos los discursos políticos y forenses, áun aquellos de que sólo se conservan fragmentos, y el *de la Paz*, que conocemos únicamente en el texto griego de Dion Casio.

La coleccion de *Epistolas* abrazará, no sólo las *familiares* (con las respuestas de los corresponsales), sino las dirigidas á su hermano Quinto, á Ático y á Bruto, aunque la autenticidad de estas últimas sea disputable. Se imprimirán todas por orden de fechas.

En la categoría de tratados filosóficos entran el *Lúculo*, los *Académicos*, el *de Finibus*, la *Naturaleza de los Dioses*, las *Cuestiones Tusculanas*, la *Adivinacion*, los *Oficios*, la *Amistad*, la *Vejez*, la *República* (aunque muy incompleta y fragmentaria), las *Leyes*, el *De fato*, las *Paradojas* y algunos retazos

Traduciremos en verso las *poesías*, si tenemos tiempo y humor para ello. No tienen nada de despreciables ni de indignas del nombre de su autor.

En uno de los tomos siguientes irán la vida de Ciceron (objeto hoy de tantas investigaciones y de libros tan curiosos como los de Forsyth y Gaston Boissier), el juicio de sus obras y un catálogo de sus traductores castellanos, formado con la mayor diligencia que me sea posible.

Por lo que hace á las obras contenidas en este tomo, bien puede afirmarse que es esta la primera version castellana. Del tratado *de Inventione* trasladó sólo el primer libro, en el siglo XV, el famoso obispo de Búrgos D. Alonso de Cartagena; version que yace inédita en la Biblioteca Escorialense. Consta asimismo que D. Enrique de Aragon (comunmente llamado de *Villena*) tradujo la *Retórica á Herennio*, pero se ha perdido. De los demas tratados que van en este tomo, no sé que haya traduccion alguna.

Necesitaba este volúmen algunas notas, pero no he querido ponérselas, porque más y mejor que lo que yo pudiera decir, lo hallará el lector en muchos comentarios que andan en manos de todo el mundo. El repetir lo ya dicho y llenar con doctrina ajena páginas y páginas, fuera palabrería inútil y enojosa. Cosas hay, sobre todo en los *Tó-*

picos, que no se entienden bien sin alguna nocion de Derecho romano, pero con una tintura muy elemental basta, y ésta no es difícil adquirirla. Entrar en largas explicaciones sería impropio de quien, como yo, se reconoce profano en tales materias. Hay tambien algunos ejemplos oscuros por referirse á costumbres, no muy sabidas, de la antigüedad, pero tampoco faltan libros donde ilustrarse ámpliamente.

He dejado en latin los ejemplos que se reducen á juegos de palabras, porque variando los términos perderian la poquísima gracia que encierran, y ni áun tendrian razon de ser. ¿Cómo conservar en castellano el equívoco entre *amiri* (ser amado) y *amari* (genitivo de *amarus* = amargo) ó entre el verbo *veniam* (vendre) y el acusativo *veniam* (perdon)? ¿Cómo hacer sentir la *similicadencia* de *egentem* y *abundantem*, en una lengua que no tiene casos; ni la *similidesinencia*, cuando varian las terminaciones? ¿Cómo formarse idea, si no viéndolos en el ejemplo latino, de los pueriles artificios llamados *atenuacion*, *produccion*, *abreviacion*, *adicion*, *trasmutacion*, etc.? Cuando el ejemplo tiene algun interes por sí mismo, he puesto entre paréntesis la traduccion castellana.

El texto latino que he seguido es el de la magnífica edicion de Madrid, 1797, en la Imprenta Real,

que está dividida en catorce volúmenes é impresa con tanto esmero y nitidez como las mejores extranjeras. Sólo en algunos casos me he apartado de su leccion para acercarme á la de otras posteriores y de todas conocidas, vg., la de Tauchnitz y la de Lemaire, y sobre todo la de Orelli, que pasa por definitiva y que sólo adquirí cuando estaba impresa la mayor parte de este volúmen. Hubiera podido llenar algunas páginas con variantes y comentarios filológicos sobre tal ó cual pasaje, ó á lo ménos justificar en cada uno de los dudosos la leccion que he adoptado. No lo he hecho por el carácter de esta traduccion, que no se dirige tanto á los doctos y humanistas, como á la generalidad del público, que se cuida poco de tales discusiones, cuya utilidad, á pesar de esto, es innegable, siempre que no degeneran en quisquillas y pedanterías. El que coteje esta traduccion con el original podrá ver hasta qué punto he acertado ó errado en tal ó cual interpretacion.

Llevado por mi amor á la concision, he suprimido ó abreviado ciertas fórmulas de transicion de que nunca ó rara vez prescinde nuestro autor. Así y todo, quedan hartas cosas en que puede ejercitar su paciencia el lector.

Repito que entrego con mucha desconfianza este volúmen, como me sucede con toda obra trabajada á disgusto, y por tanto mal.